

De creer a saber o el fin de un amor.

por: Trinidad Sanchez-Biezma de Lander

Vigo 28 de mayo de 2011.

Encontré hace tiempo, por casualidad, un trabajo de Marie Lange: *Criterios de la selección para la formación de los estudiantes analistas*, presentado en el 22 Congreso de la IPA en Edimburgo, en donde aborda el problema de la formación de los analistas, de una forma distinta, original.

Habla no de las condiciones requeridas para ser analista, que era lo habitual en el IPA, si no del *deseo* que determinará la *vocación analítica*. Esta vocación a la que hace mención viene del latín *vocare* que es *llamar*, y dice, procede, no de un deseo de ayudar sino de una *necesidad* de reparación de ciertas partes del yo infantil, así como de los afectos maternos dañados.

Esta observación de la Sra. Lange es interesante porque desplaza *el ser del analista a su deseo*, deseo que no es motor primero sino producto de una *necesidad*. Separemos toda la cuestión idealizante de esto reparador, y pongamos atención en la matriz de donde viene, *donde se origina ese deseo, esa vocación que remite a esa necesidad que empuja*. Lo traigo como una nota interesante, tiene interés saber que antes de Lacan ya alguien desplaza el ser del analista a su deseo.

Comienzo con unas palabras de Lacan de 1968 que son el hijo conductor en el cual se entreteje este trabajo: *“La destitución subjetiva no es menos para prohibir este pase por el hecho de que debe, como el mar, recomenzarse siempre”*.

El pase no puede reducirse al dispositivo, procedimiento que sabemos tiene un principio y un fin, tampoco lo podemos supeditar al momento que se hace equivaler a veces, al final del análisis. Se trata más bien de pensar el pase como estructura de uno y de otro, del dispositivo y del momento, y esta estructura se puede poner en juego en diferentes momentos. Es además una estructura que no es lineal, más bien es de retorno.

El final del análisis es un momento que han descrito muchos y todos coinciden en decir que es un giro; se describe como un retorno particular geoméricamente ubicable. Recordemos el famoso ejemplo del cuadro de Los Embajadores de Holbein, en el Seminario 11 cuando Lacan dice: *“Empiecen a salir de la sala, donde sin duda los ha cautivado durante largo rato. Entonces, cuando al salirse se dan vuelta para echar una última mirada... ¿qué disciernen en esa forma? –una calavera... este cuadro es*

sencillamente, lo que es todo cuadro, una trampa de cazar miradas” (Lacan 1964-1987).

Esa calavera que refleja nuestra propia nada, solo puede verse desde un punto determinado del espacio, eso es lo que la anamorfosis hace patente, el engaño.

El retorno es pues geoméricamente ubicable. Ubicable porque el giro puede darse si, y solo sí, porque la castración, la experiencia inscrita en el sujeto como fin, límite, permite esa vuelta.

Así queda zanjada la relación analizante-analista, al salir y volverse a mirar, lo que se ve es eso, un pedazo de algo que al inicio tenía valor de objeto libidinal, lo que nos movía el interés, lo máspreciado. *“La libido se retira del analista igual que lo hace de los preciosos objetos de goce del analizante, de lo que era el centro de su vida, de su malestar, lo que se soportaba, lo que se ama, de su queja y de su disputa permanente con el Otro. No es de extrañar que el final se acompañe de un afecto maniáco-depresivo; algún duelo hay que hacer por toda esa pérdida”.* (Izaguirre 2009)

Lacan insistirá en decir que el análisis no consiste en liberar a nadie de sus síntomas, consiste más bien en saber porqué se está enredado en eso. Eso que se origina porque hay simbólico. Aprender a hablar deja marcas, y es hablando de ellas que se puede llegar a la verdad. Huellas del inconsciente de nuestras aventuras primarias con el Otro, que finalmente nos llevan a la huella del trauma y a sus consecuencias. En ese borde de lo desconocido, del ombligo del sueño freudiano, se acaban todas las respuestas que puedan darnos el sentido y la significación.

Muchas de estas huellas se borran, otras nunca. Hay imágenes indelebles, palabras inolvidables, recuerdos imborrables, sentimientos eternos. En ellos se anuda de manera sutil la ficción y lo real. En ese litoral se encuentran los puntos en que el lenguaje y la satisfacción; en que las palabras y los cuerpos, se han enlazados y se enlazan de una manera singular para cada quien.

Seguimos esas huellas, porque pensamos que lo que se hace en la vida, lo que dirige aquello por lo que sufrimos, amamos, gozamos, y en donde se asienta tanto lo que creemos que somos, como aquello que somos aunque no lo sepamos, tiene allí sus fundamentos.

Cada uno a lo largo de su vida ha tenido encuentros con lo que Lacan llamó lo real y ha hecho interpretaciones que se entretajan en una lectura con la que se ha construido un destino. De eso es de lo que se habla en un análisis.

El analizante habla y habla, no hace otra cosa sino hablar (en el mejor de los casos), el

analista corta, y en este hablar y cortar algo se construye: “cuando se ha girado dos veces en círculo, es decir reencontrado esto de lo que se está prisionero. Basta que se vea de lo que se está cautivo, y el inconsciente es eso: es la cara Real de eso en lo que se está enredado”. (Lacan 1978)

Vemos que Lacan nos propone una estructura de giro, de retorno; recorrido que es acorde al propio de la pulsión (Marie Lange lo llamaba necesidad), que es un recorrido de ida y vuelta en torno al objeto que nunca se alcanza.

La figura de giro es solidaria a la del nudo que atrapa un punto de real en su recorrido sobre sí mismo. El nudo supone además retornar al mismo punto desde otro lugar. Creo que ahora se entiende este recomenzar como el mar que nos propone Lacan.

“Ese pase que, como el mar, ha de recomenzarse siempre”, es una cita a Paul Valéry y a su poema: El cementerio marino del 20 que dice:

“...Entre los pinos palpita, entre las tumbas;

Mediodía el justo compone con fuegos

¡El mar, el mar siempre recomenzando!

¡Oh recompensa después de un pensamiento

Un largo mirar la calma de los dioses!”

Se trata, la poesía lo muestra, de una repetición significativa, la del mar y de algo que vuelve a empezar aislando un punto fijo, *el Midi* (mediodía) que será después designado *mediodía sin movimiento*, significativo Amo separado de la cadena que solo se capta en su repetición. Hay que recomenzar este circuito para aislar el verdadero punto de salida. Hay que recomenzar al menos dos veces en círculo para encontrar eso de lo que se está prisionero en el fantasma, para retomar la expresión de Lacan en el seminario 25.

Hacer presente el inconsciente real, no darse por vencido, tenerlo en la mira como punto alrededor del cual giran los retornos de un sujeto, es equivalente a producir la destitución del SsS en cada uno de estos puntos de la experiencia. Desde esta perspectiva nada lineal, el dispositivo del pase puede ser la mejor manera de situar los momentos cruciales del inconsciente real en la experiencia.

El fin del análisis es el desvanecimiento del SsS porque el inconsciente del sujeto se realizó; esto es, el sujeto devino su saber supuesto que es quizás a lo que apuntaba Freud al hablar de la revisión del proceso de la represión, o de poner a la represión fuera del circuito, o de levantamiento de la represión. De manera similar, hay un devenir objeto del sujeto, que le permitiría ocupar el lugar del analista.

Por un lado una solución epistemológica, por otro lado una solución libidinal.

Dos sueños.

Uno: *“Estoy en una escalera con la analista ella hablaba mucho y de forma desagradable, la escuchaba y me preguntaba cómo esta mujer podía escucharme. Me acosté luego en el diván, ella se sentó un poco más hacia un lado, no tan atrás como era lo habitual. Era de noche, una noche muy hermosa con muchas estrellas. Hablé de la hermosura del cielo, veía claramente la oscuridad con puntos muy brillantes. Entonces me volteé en el diván dándole la espalda para poder mirar mejor. Quería ver la noche. Ella se paró y se fue como respuesta a mi desapego y me dejó sola contemplando la noche”.*

Dos: *“Estoy en la calle, la analista tiempo atrás tenía el consultorio en esta calle. Veo una especie de payasos, también estaba Sherlock Holmes y Watson. Miraba todo lo que sucedía y aunque trataba de apurarme para ir a análisis, había tantas cosas que me interesaban y me detenían en la calle, en la vida, quería quedarme con ellos y descubrir cosas (hacía pocos días que pertenecía al Cartel del Pase de la antigua EPCFC). Y me quedé”.*

Al irme de la consulta a los pocos días de estos sueños, en una sesión impresionante donde me escuché decir entre otras cosas: *siento que llegué, estoy en el sitio adónde iba*, la analista dijo: *“es el final, las conclusiones son hasta que tú digas”*. Pensé no podía ser de otra manera.

La sujeto no escucha ya las palabras de la analista, se voltea y en el marco de la ventana aparece el vacío, la noche. Aparece la noche y el deseo de quedarse allí en ese vacío. Dicho de otro modo si la entrada está determinada por el hecho de que el analizante sitúe en un analista la suposición de que él dispone de la posibilidad para interpretar el enigma suscitado por su inconsciente, la salida implica lógicamente la caída de esa suposición, la caída del SsS.

Me iba sabiendo dos cosas. De la imposibilidad de la completud y de lo impagable de la deuda. Di las gracias a la analista, recordé con gratitud a la Escuela que me formó y que estaba abandonando, pero sobretodo me agradecí por haberme quedado el tiempo suficiente para comprender, para hacerme con un saber y por ende con un

lugar. Había entrando por creer y salía por saber, el saldo pues no era cualquier cosa.

Las conclusiones se fueron dando en citas esporádicas y sin prisa. Inicialmente tenía la impresión de que todo progreso, de que todo avance no había sido genuino, que mi estabilidad dependía concretamente del lazo que había sostenido con la analista. Había cosas que me sorprendían de mí misma y que me perturbaban en alguna medida, sin embargo no encontrar refugio ni alivio en las sesiones, en ella, me dieron tranquilidad. Supe entonces que terminar análisis no implica no sorprenderse por la vida, no lo sabía todo quedaba mucho por aprender, también de mí.

Al tiempo, en un momento determinado de estas conclusiones un sueño señala definitivamente la salida.

Sueño: *“Estoy caminando buscando un reloj y comprarlo. Entro a varias tiendas pero no encuentro lo que busco. Veo a la analista en la puerta de una tienda, me hace pasar mientras me ofrece un reloj e insiste que es el adecuado para mí, dice: si lo compras te evitas la molestia de seguir buscando. No es lo que quiero y aunque necesito el reloj, no, no es ese. Saca entonces de la vitrina un reloj que tiene una correa muy larga, lo miro y nuevamente me doy cuenta que no es lo que quiero, me voy sin nada y pienso en el sueño, que es mejor así, solo gastar en lo que yo quiero”.*

La transferencia es una fuente de ficción que se dirige al Otro, una carta de amor que se escribirá mientras dure el análisis. Cuando la carta-letra de a-muro se revele, caerá el SsS, el carácter de necesario del amor de transferencia, para mostrarse la contingencia que suple la raíz de imposible de la relación sexual.

Este paso de lo necesario a lo contingente es propio del final del análisis que, por esta razón, será caracterizado como separación entre el menos phy y el a. Es el analista a quien le toca caer como desecho del proceso, de ese proceso que dirigió desde el lugar del semblante de objeto a, lugar dirá Lacan de semblante de deser, no de semblante de ser. Del lado del analizante tendremos la destitución subjetiva, determinada por la producción del S1, producción que pone al descubierto otra contingencia, la del falo, que por acción del psicoanálisis cesa de no escribirse.

A la salida decíamos que teníamos una solución epistémica. Pero: ¿cuál es el saber del que el analista es efecto? Colette Soler dice por algún lado que este saber produce una especie de efecto de inmunidad a la mirada de los afectos que vehiculan la palabra del analizante. Es lo que permite escuchar por un lado y por el otro no frenar el acto, en tanto que el analista no sucumbe al contagio de los afectos. Sabemos que la legibilidad del testimonio es inversamente proporcional a la carga de goce que afecta a los elementos que se transmiten. El pasante puede hacer entender los puntos cruciales de su experiencia en la medida en que está separado de ellas.

También en el saber se produce un viraje, del amor al saber al deseo de saber. La referencia al saber sin el soporte de transferencia solo es posible con el gozar del saber. Gozar más allá del goce del sentido, del descifraje. Es el *gay-savoir* como efecto propio de la ética del bien decir.

Entrar en el Pase es comprometerse con ese retorno, con esa mirada hacia atrás otra vez. El analizante cuando se aventura a entrar en el dispositivo, es para contar una historia que también ha sufrido un viraje. Entre la historia que se cuenta en un testimonio y la elaboración y las escansiones de un análisis hay una brecha que es mejor mantener abierta. La nominación de AE agrega algo nuevo entre la experiencia del análisis y lo que se ha contado en el Pase. Esa nominación vincula a ambas aportando la certidumbre de que hay entre ellas una correlación y que la historia tiene una relación con lo real capturado en la experiencia. Es el límite entre ficción y real lo que se juega en ese punto.

Porque recomenzar no es repetir, si entendemos que el mar es siempre distinto, se renueva con cada ola, por eso nunca nos bañamos en el mismo mar, además que rehacer un nudo es ceñir, abrazar, intentar atrapar cada vez algo distinto con la misma cinta. La topología implícita en el mar siempre recomenzando, implica que la experiencia puede volver a retomarse en un punto cualquiera, pero hace falta que sea alguno, el de cada quien. Un Pase que puede recomenzarse con la condición de al menos 2 veces haber retornado por este punto de imposibilidad que lo real hace presente.

Entrar en el dispositivo por mi parte era el compromiso con ese voltear, ese retorno, ese mirar hacia atrás para poder seguir hacia delante sola. Sola con algunos restos, residuos de lo que fue y que dicen de los cambios. Modificaciones benéficas que se dieron como efecto de una centrífuga de la pulsión de muerte. Del lado de lo subjetivo ninguna certeza. Puede ser que piense o que delire, puede ser que transmita algo o que solo tontee con las palabras. Puede ser, puede ser...

Referencias bibliográficas

- Lange, M. *Criterios de la selección para la formación de los estudiantes analistas*. 22 Congreso de la IPA. Edimburgo.
- Lacan, J. (1968). *Reseñas de la enseñanza*. Manantial, Buenos Aires, 1984.
- Lacan, J. (1964-1987). Seminario 11. *Los cuatro conceptos fundamentales del*

psicoanálisis. Paidós, Barcelona.

- Izaguirre, M.A. (2009). *La experiencia del fin en relación a la transferencia*. Azotea 7. Revista del Foro del Campo Lacaniano de Venezuela.
- Lacan, J. (1978). Seminario 25. *El momento de concluir*.
- Válerly, P. (19209. *El cementerio marino*.